

Libros y autores de Menorca

LA ENTUSIASTA DEDICACIÓN DE MARIO VERDAGUER A LAS TRADUCCIONES

De su mano llegaron a los españoles relevantes obras de autores como Papini, Mann o Dostoievsky. Generaciones enteras conocieron obras espléndidas gracias a la tarea del escritor mahonés

Juan Cantavella
Periodista



Por afición en los años veinte y treinta del pasado siglo y tal vez por supervivencia económica en los cuarenta, el caso es que el mahonés Mario Verdaguier dedicó muchas horas a verter al castellano la producción literaria de escritores de primer orden. De esta manera llegaron a los lectores de nuestro país las semblanzas contenidas en «Gog», de Giovanni Papini; novelas como «La montaña mágica», de Thomas Mann; «Tempestades de acero», de Ernst Junger o «El jugador», de Fedor Dostoevsky, y así hasta una veintena de obras que están consideradas entre las más prominentes de la narrativa europea. Los expertos alaban la maestría con que llevó a cabo esta tarea a lo largo de varias décadas.

No era habitual, pero Mario Verdaguier (1885-1963), ya sea por habilidad congénita, por inclinación intelectual o porque lo apreciaba como salida laboral pronto demostró su capacidad en este campo: le sirvió para desarrollar su competencia en la escritura de sus novelas y para trabajar en la sección internacional de periódicos barceloneses como «La Vanguardia». Sobre todo, para dar a conocer la buena literatura europea.

Tal vez Mallorca, donde residió en su juventud (al compás de los saltos de su padre de un Instituto a otro), era terreno propicio para introducirse en una variedad de lenguas, porque ya abundaban los extranjeros. Los originales que atendió a lo largo de su vida habían sido escritos inicialmente en francés, alemán, italiano, portugués y rumano, aunque también se sintió atraído por el japonés. Varios periodistas han destacado el valor de sus traducciones, cuando por lo general esta tarea pasa desapercibida. Basta atender al reconocimiento del crítico Rafael Conte: «Si decimos que la mejor traducción de Thomas Mann en castellano, la de «La



Mario Verdaguier (1885-1963) y su familia en Barcelona. Foto:ARCHIVO FAMILIAR

montaña mágica», es de Mario Verdaguier, ya hemos dicho algo; si además señalamos que ya en 1930 traducía la primera gran obra de Ernst Junger, «Tempestades de acero», habremos añadido algo más, pero si además verificamos que tradujo a Vigny, Goethe, Panait Istrati, Xavier de Maistre —«La joven siberiana» y «El leproso de la ciudad de Aosta»—, otros libros de Papini —«Gog», «Palabras y sangre» y «Dante vivo»— y algunos de Stefan Zweig, veremos que esta parte de su actividad fue fundamental». Tiene razón, claro está.

● LA TRADUCCIÓN de «La montaña mágica» realizada por Verdaguier fue la única que se manejó en España desde 1934 hasta 2005. En este año se dio a conocer la realizada por Isabel García Adánez en Edhasa y para poner de relieve las cualidades de que estaba dotada se recurrió a la descalificación de la anterior. Su editor, Daniel Fernández, afirmaba en el acto de presentación: «Yo no sé alemán, pero cuando la leí me sonó muy decimonónica, oscura, llena de galicismos. Los filólogos ya sabían que no se trataba de una buena versión». El artículo de una profesora y crítica literaria ayudaba a relativizar esta opinión. Asegura que hasta las buenas traducciones envejecen y esa «caducidad intrínseca se debe precisamente a su poder vital de madurar ciertos aspectos germinales y de descubrir tendencias latentes en el original.

Tal observación bastaría para dar la bienvenida a una nueva traducción, sin mengua de los méritos de la anterior».

De la mayoría de las obras extranjeras que tradujo llama la atención la cantidad de ediciones que fueron apareciendo durante décadas. ¿Cuántas decenas habrán salido, por ejemplo, de «La montaña mágica», de Thomas Mann? ¿O de «Gog», de Giovanni Papini? Imposible

“
**Más de seis meses
necesité para traducir
‘La montaña mágica’,
dadas las dificultades
del léxico y lo profundo
de las ideas filosóficas»**

averiguarlo, porque han trascendido casi noventa años y no han dejado de editarse (después se han divulgado otras traducciones, como es lógico). Lo mismo podría decirse de títulos de otros autores, como Goethe, De Vigny, Istrati, Maistre o Zweig, novelas en su inmensa mayoría, aunque habría que considerar asimismo las biografías «Dante vivo», de Papini, o «Napoleón», de Teixeira de Pascoas. No son traducciones de nuestro autor, aunque se presenten como tales, los textos sobre China y la biografía del barón de Trenck, publicados con seudónimo, sin que sepamos por qué.

Si seguimos el hilo de su vida llegaremos a la conclusión de que las traducciones no fueron mera dedicación alimenticia, sino que respondían a una desbordada afición a la literatura extranjera, de la que deseaba hacer partícipes a sus connacionales. Cuando describe los avatares por los que ha transcurrido su vida en el campo intelectual, se refiere lógica y fervorosamente a las novelas, pero dedica un espacio considerable a recrear circunstancias que se produjeron alrededor de los encargos recibidos o sugeridos para dar a conocer en español las narraciones ajenas.

«Una de las traducciones que he hecho con más gusto ha sido la de ‘Gog’ de Giovanni Papini, que constituyó una verdadera sorpresa —contará en una ocasión—: el libro que tanto el editor de Apolo como yo considerábamos de poca venta, propio para espíritus refinados y, por tanto, para una exigua minoría, alcanzó un éxito de público enorme, caso único seguramente para Papini, en aquella época, tanto por lo que respecta a sus obras escritas en lengua italiana, como a las traducciones». Una sorpresa agradable para el intérprete y para el propio autor: «Sus libros, traducidos a casi todos los idiomas del mundo, no le proporcionaban los ingresos que muchos suponían. Después del éxito extraordinario de «Gog», publicado, como he dicho, en castellano, en 1931 y traducido por mí, Papini me escribió una carta, en la que se encuentra una frase, entre admiraciones muy significativas: «¡Caro Verdaguier! ¡El editor español me ha enviado dinero!».

● EN LO QUE RESPECTA a un autor de fama universal en nuestros días, como es Thomas Mann (premio Nobel de literatura en 1929), explica que quedó tan agradablemente sorprendido al leer «La montaña mágica» que de inmediato visitó al editor, el que le había publicado el libro de Papini, para ofrecerse a traducirla. El problema era la extensión de la novela, lo que suponía una tardanza y un riesgo por la inversión que debía

hacerse. Después de algunas dudas, en la editorial Apolo decidieron arriesgarse y le encargaron que se lanzara a ofrecer su versión castellana. Una amiga le prestó su finca en el campo, a donde se trasladó con mujer e hijos: «En aquel lugar silencioso y solitario, rodeado de un paisaje bello y agreste, con la sagrada montaña de Montserrat al fondo, comencé mi traducción. Poco más de seis meses necesité para terminarla, dadas las dificultades del léxico y lo profundo de las ideas filosóficas contenidas en esa maravillosa novela».

Verdaguier no se plantea su tarea como una acción mecánica, sino como inmersión en el espíritu de la obra original. Por esa razón, a veces añadía un prólogo para explicar lo que podía desprenderse del contenido y de las intenciones del autor. «Gog tiene el valor de decir mucho más de lo que en realidad dice y de sugerir situaciones mucho más hondas y más acercadas a la realidad que las paradojas que provoca —escribe en el prefacio de esta obra—. Por eso, bajo su aparente frialdad, vive en sus páginas una reconcentrada pasión y tiembla en ellas una emoción profunda». Y añade: «Hemos procurado en esta traducción conservar cuidadosamente toda la virulencia de la prosa de Papini y su estilo lleno de aristas y de vigor. Hemos realizado, si no con éxito, con toda buena voluntad, esta tarea asaz difícil, procurando así rendir tributo a una de las obras más recias que ha producido la literatura italiana contemporánea».

Añadiremos, por último, que Mario Verdaguier también se benefició del trasiego de lenguas, tan habitual e intenso en nuestros días. De él se ha dicho (Miguel Ángel Limón) que es «el autor menorquín más traducido a las lenguas extranjeras». Sólo hay que considerar que al poco de aparecer su novela «La isla de oro» (1926) comenzaron las versiones a distintos idiomas: a estas alturas se conocen traslaciones de este y otros títulos al alemán, francés, inglés, ruso y húngaro, sin ser esta una relación exhaustiva.